

abierta en esta agua tan trabajada, tan golpeada, que se levanta en olas. De cuando en cuando uno de los remolcadores lanza un silbido agudo y desgarrador, que se mezcla al ronco bramido de los vapores pasarios. Y unos y otros circulan sobre este ancho río, subiéndolo y bajándolo con la misma lentitud que nosotros y que los cincuenta paquebots, tan grandes como el nuestro y que llegan de Europa, que vienen de la América del Sur, ó que entran de América del Norte. Sus cascos altos y rojos tienden con poderosa suavidad la sábana movediza cargada de tanto trabajo humano y de tantas vidas de hombres. En la bruma cálida las formas se borran, los contornos se esfuman, tornándose en fantásticos. Aparecen otros paquebots, bosquejándose, adivinándose más allá de aquellos; y más allá aún se divisa un monstruoso cruzamiento de vergas y de mástiles y dominando esta gigantesca máquina movediza, que causa la impresión y la idea de ser el entrepuente del mundo entero, la estatua de la libertad surgiendo y diseñándose en la bruma, tan alta como un faro. Sin embargo, á derecha é izquierda las dos ciudades siguen estendiéndose hasta perderse de vista. Vuelto hacia el lado de New-York, distingo casas pequeñísimas, un oceano de construcciones bajas, de donde emergen semejantes á islotes de abrupta y bravía costa, construcciones de ladrillo tan atrevidamente colosales, que aun desde aquí su altura asola la mirada. Cuento los pisos que hay arriba de la línea de los techos: una tiene diez, otra doce. Otra no está aun concluida. Un armazón de hierro dibuja en el cielo el proyecto de seis pisos más encima de los ocho ya construidos. . . . Gigantesco, colosal, desmesurado, desaforado,—faltan palabras para igualar esta aparición, este paisaje en el cual la enorme embocadura

del río sirve de cuadro á un desplegamiento de energía humana más enorme que él. Llegada á esta intensidad de esfuerzo colectivo, esta energía llega á ser un elemento de la naturaleza. Y para redoblarla, agrega la historia la brutalidad indiscutible de sus cifras. En 1642—no hace más de doscientos cincuenta años—los indios vendieron á un wetsphaliano la punta de esta isla de Manhattan. Y se fundó esta ciudad que está en frente de mí. Es esto la poesía de la Democracia, una de esas florescencias de vitalidad popular en las que el individuo desaparece y en las cuales el esfuerzo personal es solo una nota perdida en un inmenso concierto. No es por cierto el Parthenon, ese pequeño templo asentado en una colina, en la cual los Helenos reasumieron su Ideal: nada de la materia y todo del espíritu, para animarlo todo, hasta el más insignificante de sus átomos, con la proporción y la armonía. Pero sí es la sombría y violenta poesía del mundo moderno que produce estremecimientos trágicos, tanto es así lo que tiene de humanidad voluntaria y furiosa, en un horizonte como el de esta mañana—y este es el mismo todos los días! . . .

 II

 PRIMERA SEMANA.

Acabo de pasar la primera semana en Nueva York sin visitar á ninguna de las personas para quienes traigo cartas de presentación. Todas se hallan en el campo ó á la orilla del mar mientras duran los ardientes calores del mes de Agosto que son tan so-

focantes como el de Madrid en Europa. Yo mismo me dispongo á partir para Newport, el Deauville de la América, con el objeto de ver allí á la Sociedad. He tenido, pues, tiempo bastante, en estos ocho días, para recorrer la ciudad como simple turista y para recibir la misma impresión, el primer choque como me decía el amable profesor Carlos N*** de Cambridge, quien me aconsejaba intitulara este libro de viaje *American shocks* para que contrastara con mis *Sensaciones de Italia*. Deseo transcribir aquí el diario de esta semana, aunque no exagere ni la importancia ni el interés de estas superficiales experiencias hechas en la calle y en el hotel. Pues que no serían bastantes para autorizar ninguna conclusión general. Sin embargo, tienen su valor. Representan un sobresalto de exoticismo al que atenuará una estancia más prolongada y que abolirá, para reemplazarlo con notas más justificadas, pero que serán tal vez menos exactas. Las percepciones casi animales de la diferencia atmosférica entre el país de donde venimos y aquel á que llegamos, no pueden engañar sino hasta que las hemos interpretado. Ya entreveo el fin de algunas hipótesis que son muy generales. Es probable que la mayor parte de estas hipótesis sean incompletas y que tenga necesidad de cambiarlas muchas veces antes de dejar este continente. A pesar de ello, anotemos las sorpresas sufridas en las primeras horas, antes de que se borren, aunque sea sólo á título de apuntes.

Sábado.—Enrique J.*** me dijo en Londres cuando nos despedimos: "Cuento con la impresión que os causará el muelle de madera de Nueva York. Re-

gresareis en el primer paquebot como lo hizo C.***" Este es un Francés de espíritu distinguido que quiso, como yo, imponerse un tratamiento de actividad y de democracia en el Nuevo Mundo. Desembarcó en el muelle de madera como yo también desembarqué. Se fué á un hotel cualquiera, como yo acabo de llegar á uno de estos, y traía cartas de recomendación como yo también traigo las mías. Cinco días después, tomaba pasaje en un navío que partía para Europa. "No me fué posible soportar el golpe..." fué la única respuesta que pudo dar á la sorpresa de sus parientes. En efecto, es rudo el golpe del desembarque, cuando menos para un francés acostumbrado á ese orden administrativo, cuyas lentitudes se maldicen cuando se las sufre, y cuyas comodidades se echan menos al topar con las multitudes anglosajonas en las cuales la lucha por la vida se concentra en el humilde y trabajoso símbolo de la lucha por el bagaje.

Desde el momento en que el vapor atraca al muelle, se baja á un inmenso cobertizo atestado de gentes que van y vienen empujándose y empujándonos. Policías gigantes, con el vientre saliéndose de su cinturón, se matienen entre esta multitud como columnas en donde va á quebrarse. Aduaneros con el uniforme desabrochado á causa del mucho calor, y cuyos carrillos se miran abultados con un pedazo de tabaco, ensucian con chorros de saliba morena el sitio destinado á las maletas, y cuando estas acaban de llegar son volteadas y alderredor de ellas se empujan multitud de agentes de express ofreciendo tarjetas, carpinteros armados con garlopas y martillos que desclavan y vuelven á clavar las cajas. Meten los brazos los empleados en las cajas abiertas, y vuelven y revuelven la ropa blanca y los vestidos con

brutalidades de gentes á quienes corre prisa. Después, apenas cerradas y marcadas las maletas, las agarran los braceros y las precipitan á lo largo de una pendiente de madera hasta el piso inferior á riesgo de romperlas, y un acre, un sofocante hedor á sudor humano infesta este alboroto aturdidor. Hé allí la entrada á la gran ciudad americana. Es rápida y brutal como un puñetazo de box. Hombrecillos de ojos penetrantes corren al través del barullo de las gentes y de las autoridades y os agarran al paso. Son reporters en busca de interview. Veo al dentista del vapor debatirse en contra de uno de ellos que le interroga sobre el cólera en Italia. El desvencijado carruaje en que monté se me figuró un paraíso rodante al salir de ese tumulto, aunque camina sobre un adoquinado de madera malísimamente conservado y aunque este cuartel, entre el puente y la quinta avenida, en la cual está situado el hotel, es abominablemente feo.

Se extienden indefinidamente y en hilera las casas pintadas de rojo; todas se asemejan, por sus ventanas de guillotina y sin postigos. Se ven otras casas, con fachadas pegosteadas de anuncios, con tendajones en sus bajos ó con puestos de cosas insignificantes: frutas de segunda mano y escuálidas legumbres. En el sùcio suelo se asienta un barro pegajoso, amasado con mayor cantidad de detritus que de tierra. Ni un solo árbol se mira frente á estas casas, ni un jardincillo; únicamente rieles tendidos en el suelo para el paso de las tranvías, postes para los hilos telegráficos é inmediatamente después algo semejante á un doble y largo túnel levantado sobre pilares de fierro fundido. Es la vía del camino de fierro áereo ó elevado; *elevated*, como dicen ellos. Hay cuatro de éstos que cruzan toda la longitud de la ciu-

dad y que transportan doscientos millones de pasajeros anualmente. En el corto espacio de tiempo en que la calle sigue este túnel cuento el paso de tres trenes que suben y de tres que bajan. La formidable armadura que los sustenta, tiembla bajo su peso y su velocidad. ¿Cuál será la vida de los habitantes de aquellas casas cuyas ventanas se abren ante esta pasmosa y continua fuga de locomotoras y wago-nes? . . .

Mi coche pasa por dos calles más tranquilas, pero es para llegar á una avenida que surcan, lanzados también pasmosamente, los hilos de las tranvías de cable. Corre bajo el suelo una cadena sin fin, y es la que hace rodar á estos pesados carros sobre los rieles en los cuales tropieza nuestro coche. Su movimiento automático espantaría como una pesadilla, si no fuese por el hombre que de pié va en su parte anterior. Sus dedos crispados maniobran sobre el puño de la pinza que sucesivamente muerde ó suelta la cadena invisible que pasa á través de una larga fístura trazada, como un tercer riel, entre los otros dos. Hay tantos *cable-cars*, caminan tan de prisa, obstruyen la avenida de tal modo con sus masas compactas, que los carruajes de caballos apenas tienen sitio para andar. Y á causa de esto son en estas calles tan raros, que la fisonomía de éstas no evoca en la memoria ninguna bocacalle de alguna de las ciudades de Europa. Ninguno de aquellos fiacres que producen el barullo de París, ni uno de esos *hansoms* que forman la lindeza de Londres, ni uno de esos *bolies* que corren en Roma al vivo trote de sus caballos. Se adquiere la evidencia de que aquí el capricho burgués, el carrujito particular de alquiler no puede existir. Si se es obrero ú hombre de negocios, se dispone del camino de fierro ó del carro, que caminan con mayor

á cuyo derredor empieza á germinar una vid del Japón, es poco más ó menos igual á los hoteles del resto de la avenida. Para penetrar á su interior, es preciso atravesar una antecámara donde cada uno de los fieles debe pagar quince *cents*, es decir, un poco más de setenta y cinco céntimos. Y por otra parte, ¿qué harían los pobres en la vasta lonja de madera barnizada, que sirve de capilla? Cada banca tiene cojines de cuero. Para cerrar la entrada de estas bancas, hay cordones de seda roja enganchados en broches de cobre. Una cortina corre por ellos. Los cuadros de las paredes están velados porque es la estación del estío. Me causó la impresión de un club de rezo. Todo es flamante, nuevo, sin una falla, confortable, y sin embargo religioso; pues los asistentes siguen el oficio sin un cuchicheo, sin una distracción. Y por un contraste, y al reconocer detrás de los velos de gasa verde la copia de algunos cuadros: una madona del inspirado Andrea, una virgen del lúcido Rafael, la trágica Judith de Allori, pienso súbitamente en las iglesias de Italia, descascaradas, súcias, manchadas por la superstición, y de una belleza tan poderosa, porque han sobrevivido, porque todo en ellas conmueve el corazón con la emoción profunda del pasado, de un pasado muy viejo! Pero los fieles reunidos en aquella iglesia están en el edificio que más les conviene. Son hombres del presente y para quienes la religión no es ni un éxtasis, ni una nostalgia. El sermón que el sacerdote predica relativo al evangelio del día—el episodio del buen Samaritano—revela mejor aun la presión tan intensa que ejerce la cosa actual. Habla del camino de Jerusalem á Jericó con las mismas frases que sirven aquí para designar la bajada desde la parte alta de la ciudad hasta la Batería. Refiere la conversión de

San Pablo, cual si el apóstol cabalgase cerca de *Damascus corner*. En seguida hace comparaciones en las que la palabra *dollar* pasa y repasa sin cesar: "si habeis ganado mil dollars. . . . Si habeis comprado un objeto en cien dollars. . . ." y su agrio rostro de pronunciadas facciones se torna amargo, su voz adquiere vehemencia para lanzar invectivas contra el clero de Europa: "Y sus prelados que quieren vivir como unos principes." Y cuando mueve su brazo, veo brillar los ornamentos rojos con que se ha revestido con el brillo de lo flamante, armonizando con la iglesia, con los bancos, con los tapices, con las gentes y con el sermón. Pero, preguntaremos una vez aún: ¿á qué hora y en qué lugar rezan los pobres?

. . . . En carruaje, por la quinta avenida y al través del *Central Park* que es el Bosque de Boloña de Nueva York, he pasado dos horas de la tarde. Cuatro dollars, ó sean veinte francos, me ha costado una carrera, que entre nosotros valdría á lo más cien sueldos, y cinco chelines en Londres. Uno de mis compañeros del vapor, que me ha inscrito desde luego á su club con la admirable hospitalidad de los países anglo-sajones, y que fué quien me aconsejó dar este paseo, aduce varias razones para justificar esta carestía. La primera y la más evidente ya la he dicho. Un carruaje es un lujo y todo lujo se paga aquí muy caro, en tanto que lo necesario se halla á mejor precio. Este es el motivo por el que la América sigue siendo la tentación de nuestros obreros y por el que tantos de estos cuando enriquecen pasan á Europa para proporcionarse este mismo lujo, y aún uno superior, á un precio cinco ó seis veces menor. La segunda razón estriba en que la corporación de los cocheros, como todas las otras, está unida por una cadena de solidaridad inquebrantable.

Por otra parte, es muy de notarse que el dinero no tenga valor aquí. Hay mucho. Proclama esta loca abundancia la interminable serie de lujosas habitaciones que circundan á esta quinta avenida. En ella no hay tiendas, si no son de artículos de lujo, algunas modistas, algunos mercaderes de cuadros—última espuma en que viene á morir la oleada de la marea de negocios que inunda al resto de la ciudad—casas enteramente independientes, implicando cada una, dado el precio del terreno, un rédito que no se puede calcular. De una á otra esquina las vastas construcciones reproducen palacios y castillos de Europa. Reconozco una, semejante á solar de hidalgo francés del siglo XVI. Otra casa roja y blanca recuerda el estilo del tiempo de Luis XIII. La ausencia de unidad en esta arquitectura es reveladora de que este es el país de la voluntad individual, así como la ausencia de jardines y de árboles alderredor de estas suntuosas estancias testifica la novedad de estas riquezas y de esta ciudad. Esta avenida, ha sido visiblemente deseada y creada á fuerza de millones, en la fiebre de la especulación de terrenos que no ha dado lugar para dejar una pulgada de solar inútil. Esta rapidez se manifiesta también por la ausencia casi completa de figuras animadas, en las esculturas que decoran las columnatas y las ventanas de estos improvisados palacios. El artista necesita tiempo para observar, para perseguir pacientemente las formas de la vida; y si los Estados Unidos enteros no hubieran pasado sobre el tiempo ¿en donde estarían ahora? Lo han reemplazado á fuerza de golpes de energía. Y con esta se triunfa en el mundo industrial. El mundo de las artes requiere más inconsciencia, una eflorescencia de vida que se ignora, alternativas de pereza soñadora y de ejecución áspera. Y muchos

años pasarán, antes de que sean posibles estas condiciones en la orilla del Hudson.

El parque es también un producto temprano y voluntario? En tal caso, la potencia virginal del suelo se dilata en follajes de opulencia admirable. Se me figura,—¿será esta una visión justificada?—que hay desproporción entre esta exhuberancia de las hojas y la de las ramas, tal y como si estos hermosos árboles tuvieran el tronco más esbelto y fueran de ramaje más nervioso que los nuestros. Iguales las casas ¿se han desarrollado muy de prisa?—La extensión de este parque es enorme y sobrecoge la admiración cuando, despues de haber seguido algunas calles estranguladas por el ramaje, otras en laberinto alderredor de un lago y otras más que se desenvuelven á lo largo de inmensos prados en los que pacen carneros, se percibe por encima de las cimas vivientes del espeso bosque, á un tren que corre, lanzado á diez metros en el aire sobre una vía de metal rojo, y á la ciudad que vuelve á comenzar.

Este parque es solo un jardín que corta en dos á una de las avenidas, á la séptima. En esta tarde del Domingo circula en él un pueblo, un verdadero pueblo de trabajadores en descanso. No he encontrado dos Victorias de gente poderosa en estas avenidas en que abundan los coches; únicamente he visto carros de bancos para familia con mujeres y niños amontonados y tilburis manejados por sus propietarios. Noto una especie de calesín, nuevo para mí, una caja oblonga, con un capirote capaz de abrigar en caso necesario á dos personas, y que casi desaparece entre sus cuatro enormes ruedas tan delgadas y tan espantosamente debiles; á él va uncido un caballo que corre como el viento, sin collera, libre en una red de delgadas correas. Diríase viendo desfilr estos ca-

rruajes cuya armadura de metal es á la vez tan grande y tan débil, que se presenciaba una carrera de arañas enloquecidas. Pasan en estos vehículos, sobre el andén, muchas personas sentadas sólidamente pero sin elegancia. Ni una blusa. Ni un harapo tampoco que traicione á la miseria. Los hombres son más bien bajos de cuerpo, flacos y de porte nervioso. Las mujeres también pequeñas y sin gran hermosura. En los vestidos de estas hay un visible abuso de colores chillantes y de amaneramiento. Parece un almacén inmenso de *confecciones* que camina. Por lo demás se respira un aire de salud social en esta multitud que es atravesada de vez en cuando por policías montados. Estos tienen un aire tan indiferente que parece la vigilan tan poco, cuanto ella tiene aspecto de no merecer ser vigilada. Lo que siento con muchísima fuerza, sin poder darme una razón positiva de esta impresión, es que me hallo terriblemente lejos y en un país terriblemente distinto al mío.

Lunes.—Aquí, á qué hora se muere? A qué hora se ama? A qué hora se piensa? A qué hora, por último, es uno hombre, nada más que hombre, como lo gritaba el viejo Fausto, y no una máquina de trabajo y de movimiento? Tal es la pregunta que, á pesar mío, formulo después de un día gastado en tomar *cable cars, elevateds*—la *L.* para usar de la abreviatura new-yorkina—carros eléctricos, vapores de río, todo con el fin de ver la ciudad. Se suceden unos á otros con tal velocidad, se trasborda uno tan rápidamente de un tramway á otro tramway, de un tren á otro tren, que el extranjero y el que no está en tono, sufre un aburrimiento algo parecido al de un pacífico burgués lanzado á una pantomima de Hanlon-Lee. Y entre paréntesis, eso tal vez sea el probable origen

de este arte en América. Los acróbatas no han tenido que hacer sino apresurar, precipitar, exasperar hasta el frenesí la fiebre de moverse que ha conducido á los hombres de aquí á la invención singular de hacer andar la calle.

Si, eso es; las tranvías de cable, los caminos de fierro sobre las avenidas, los tramways eléctricos, son las calles que andan. Dejais pasar uno, cuando ya otro está ahí, colmándolo todo, sin desperdiciar, ni dejar caer un dollar. Y si subís á alguno de esos trenes os veis obligado á permanecer de pie sobre la plataforma, en el interior, sobre el estribo, y á pesar de este lleno, pilluelos harapiientos, descoloridos hasta causaros miedo, pero todo nervios y energía, hallan el medio de izarse en cada coche, entre las dos ruedas de cada vagón, entre dos estaciones de los trenes, para vocear el diario del día, no, no el del día, el de la hora, el del minuto, que acaba de pasar. Edison, según lo cuenta la leyenda, comenzó de este modo.

Qué infinidad de caras he encontrado en la demencia de esta carrera sin fin, cuántos miles de rostros que no veré ya nunca! El carácter más notable de estas innumerables fisonomías, es, para mí, la ausencia de la mirada. Es notabilísimo el contraste con el buen humor de nuestro omnibus "completo" en el que todos los vecinos se observan y traban por el motivo más insignificante una conversación. Aquí, cada pupila parece estar fija sobre la idea interior, sobre el negocio, cualquiera que él sea, que no espera y que impulsa, apenas salidos del carro ó del vagón, á los hombres y á las mujeres á correr, como han corrido para entrar á él y como corren para subir la escalera del camino de fierro y como correrán para bajarla. M***, uno de mis colegas que hoy me

sirvió de guía, sostiene que no llevan más prisa que la que puede tener cualquiera Parisien.

—“Si andan tan de prisa, me decía es por costumbre, por manía, por nevropatía. . . . Con toda su actividad tienen singulares perezas. Les vereis en el hotel, en la fonda, comprando un periódico y pagando tres sueldos más de su justo precio, solo por negligencia, por flojera de ir á buscarlo á la calle. . . .”

Entreveo la conciliación de esta negligencia con esa actividad, al observar lo poco acabado de esos mismos carros y el descuido en el porte de las mismas personas. Pero esto concierne al individuo, y desde el momento en que se choca en las cosas de conjunto, se experimenta de nuevo la impresión de la Babel de notable esplendor, y que he sufrido con tanta intensidad—¿necesitaré confesarlo?—al contemplar una construcción destinada á oficinas para hombres y un puente sobre el que pasan trenes.

El edificio se llama *La Equitativa*, del nombre de la Compañía de seguros que lo ha construido. Es un palacio gigantesco de fachada de mármol que se eleva casi á la extremidad de *Wall-Street*, la calle de los millones y muy cerca del cementerio de Trinity Church, donde reposa, mecido por el tumulto desenfrenado de la vida y por el rechinado de los *cable-cars*, el impresor de la primera gaceta publicada en Nueva York, William Bradford.—¡Qué tumba para un periodista!—Los números son los que pueden únicamente darnos una idea, no exacta, pero sí aproximada, de esa colmena humana que contiene millares de oficinas. M*** dice que diez mil personas cada día usan el elevador donde nos metimos para ir hasta el techo. El zumbido de la enorme fábrica, el hormigueo que producen las idas y venidas, el entrecruzamiento sin fin de correlores, todas estas sen-

saciones reunidas se funden en una especie de estupor casi admirativo, como el que produce también la ciudad contemplada desde arriba.

Se extiende hasta perderse de vista, con los dos ríos que cercan su isla, muy larga, y al través de las innumerables humaredas, distingue la mirada la precisión de las construcciones, las amplias avenidas longitudinales cortadas en ángulo recto por calles que distribuyen los paquetes de casas en masas iguales. Se conoce á esta ciudad desde el momento en que se la comprende. El número de la calle desde luego, después las palabras *Este*, *Oeste* para saber si la calle está hacia la derecha ó hacia la izquierda de la quinta avenida y con diez metros de aproximación, sabreis el camino que debéis seguir, á pesar de ser iguales todos los montones. No es pues una verdadera ciudad en el sentido que damos nosotros á esta palabra, nosotros que hemos crecido entre el encanto de las ciudades irregulares, que han germinado como los árboles, con la lentitud, con la variedad, con lo pintoresco que tienen las cosas naturales. Es un tablero de materias de género único que se trata de manejar cómodamente. Vista desde aquí es tan colosal, resume un amontonamiento tan formidabile de humanos esfuerzos, que sobrepuja á la imaginación. Se cree estar soñando cuando se mira, más allá de los dos ríos, las otras dos ciudades, Jersey-City y Brooklyn, extendiéndose sobre las márgenes. La segunda es sólo un arrabal y tiene novecientos mil habitantes!

Un puente, suspendido sobre un brazo de mar, reúne á Nueva York con Brooklyn. Aun dividido desde lejos, este puente os sobrecoge como una de esas pesadillas de arquitectura bosquejadas por Piranesi en sus trágicas aguas-fuertes. Vense á los

navíos de alto porte pasar debajo de él y esa muestra indiscutible de su altura desconcierta al pensamiento. Y andar uno mismo sobre de él, sentir trepidar esta monstruosa red, tramada con fierro y acero en una extensión de seiscientos piés, suspendida á ciento treinta y cinco piés del abismo, ver los trenes que lo atraviesan en los dos sentidos, y los paquebots, allí, debajo de vosotros, bajo de vuestro cuerpo, mientras que los carruajes van y vienen y que los paseantes se aprietan en multitud con apresuramiento, es lo bastante para proclamar al ingeniero el gran artista de nuestra época, y para conceder la razón á estas gentes que se lisonjean de su audacia, de ese *go-ahead* que nunca ha vacilado.

A la vez se pregunta uno con qué derecho pretende el ser un pueblo joven. Son muy nuevos y de advenimiento tan reciente y tan admirable, que cuesta trabajo creer en las fechas ante sus prodigios de actividad. Pero por más nueva que sea, esta civilización es, visiblemente, *hecha* cuando menos aquí. La tarde de hoy me ha dejado la impresión de que acabo de recorrer una ciudad que es una conclusión y no un comienzo. Esta vida no es un ensayo, es una manera de ser, que tiene sus inconvenientes como tiene sus esplendores. Pues el *go ahead*, el infatigable *hacia adelante* no sólo se ejecuta con respecto á los trenes y á las máquinas. Me veo obligado á dejar este diario para contestar á quince cartas autógrafas y á seis peticiones de interviews. Esta diligencia me pondría orgulloso si de antemano no supiese que esta misma es la suerte de cualquier viajero. La prensa ha anunciado vuestro arribo y pertenecéis, no importa el cómo, á la publicidad, y aunque fuese á causa de un proceso escandaloso, debeis pagar vuestro tributo de llegada, firmar un centenar de veces vues-

tro nombre y decir en alta voz lo que pensais de este país,—antes de haberlo visto!—Ha tenido la ocurrencia un reporter de venir á verme esta noche para preguntarme mi opinión sobre el amor en América, y esto á las cuarenta y ocho horas de estancia en Nueva York!

Martes y Miércoles.—Por asuntos diversos he vuelto del lado de la *Equitativa* y de la Batería, sin que mi impresión se haya modificado, pues sólo se ha renovado y redoblado. El cuidado, harto prosaico, de asegurar una morada agradable para una temporada de invierno, algo prolongada, me ha llevado á examinar, en el curso de estas correrías, varios hoteles.

Semejantes visitas dan indicaciones muy superficiales. Sin embargo, y en todos los países, el hotel tiene valor documentario, pues que responde á todo aquello que requiere el hombre del país. Cualquiera empresario de una casa amueblada ó de una fonda es un psicólogo, cuyo talento consiste en captarse la voluntad del cliente. Y qué modo empleará sino es el que consiste en comprender y en halagar sus gustos. Una simple posada, desde el momento en que lo logra, se asemeja á lo que imaginan los que la frecuentan, y en ella se complacen puesto que á ella concurren.

En la provincia francesa, por ejemplo, los hoteles se hallan medianamente aseados, tienen jarros de agua muy pequeños metidos en cubetas chiquitas; los muebles tienen desgarrones; las paredes están deterioradas; pero la cocina de la mesa redonda es casi siempre excelente y la cueva se halla siempre sabiamente provista. Este es el gusto del burgués en nuestro

país, del de la clase media acostumbrado por el internado en el colegio y después por el cuartel, á prescindir de lo comfortable; enemistado con el gasto subido é inútil y tan económico que torna en indefinida la duración de los objetos de uso. Por el contrario, sus sensaciones son delicadas, es catador, conocedor en vinos; le gusta conversar y se retarda con placer en la mesa, en la cordialidad del café y del *pousse-café*. Igualmente en Italia, el inmenso palacio desnudo que con frecuencia sirve de *locanda*, con sus cielo-rasos pintados al fresco, sus paredes adornadas con cuadros, mal calentado por una chimenea mal construida, con sus criados de levitas raídas, inteligentes y familiares, con sus fritadas, el *risotto* y los *fiaschi* de vino natural esparcidos sobre la mesa como conviene á los viajeros de Toscana, de Rumanía y Venecia! Ni uno solo de esos rasgos cuya correspondencia no se encuentra en ese hombre, habituado á una existencia pobre en medio de cualquier grado de magnificencia, complaciente por su buen natural con sus inferiores y poco exigente en su porte, hijo de un país en el que es raro el dinero y más rara aún la actividad industrial y en el cual hasta los alimentos son mandados por la parsimonia. Así mismo el hotel inglés con la abundancia de sus gabinetes, con sus criados respetuosos y activos, con su copioso almuerzo en la mañana, los grandes trozos asados de su lunch frio y sus comidas servidas en mesas separadas, revela por sí sólo todo el gusto del hombre y del "primero yo" que constituye el fondo de cada diez y nueve ingleses sobre veinte. Emplean una palabra para designar esto, de la que ni los franceses ni los italianos tienen traducción, tan poco participan estos de lo que significa, y es la *privacy*, esto es lo que un *gentleman* tiene el deber de respetar en la

vida personal de otro *gentleman* y el derecho de hacer respetar en su propia vida. Aún en una hospedería y de paso hallan medio de hacer que se respete esta ley.

Me perseguían estas imágenes y estas reflexiones tan variadas al franquear el dintel de algunos de los hoteles de Nueva York que se me señalaron como construidos más recientemente. Todos son del género de los que las gentes de Chicago llaman, "escaladores del cielo" ó "prensadores de las nubes"—*skyscrapers* y *cloud pressers*.—Uno tiene diez pisos, otro doce y otro más, catorce. El último, el más nuevo, bien tiene diez y siete.

A primera vista es una lonja de mármol techada, adornada con mayor ó menor esplendor y sobre la cual se abren una fonda, una tienda, una sombrerería, una librería y otros almacenes. Una mano indica que la barbería está en el subterráneo. En una jálula están colocados los elevadores, en hileras de cuatro, de cinco y de seis, prestos á partir con la rapidez de despachos eléctricos. Si ayer tuve la impresión de que los americanos hacían andar las calles, hoy he tenido la de que hacen volar los pisos. Por esta causa estos hoteles, suntuosos hasta la locura, no tienen tapices sino en los pasillos. Las escaleras enseñan sus mármoles desnudos en donde nadie asienta la planta, si no es los criados y por casualidad. Tienen un elevador destinado para ellos. Y en las paredes de los corredores como en las de los cuartos más insignificantes, no son sino aparatos fantásticos que continúan bajo todas las formas la correría de los pisos, para producirlos, si vivís en el quinceavo piso, la sensación de que estais en el primero. Sobre una caja, en cada corredor, están escritas estas palabras: *United States Mail-clute*. Pregunto lo que sig-

nifican y mi guía me enseña un gran tubo de vidrio, á lo largo del cual descende una carta que se arroja por esta boca y va á caer por sí sola á la caja central que abre el cartero. Atrae mi atención un disco misterioso que sirve de asiento á una aguja y que está cubierto con caracteres impresos. El mismo guía me explica que comprimiendo un botón, el viajero hace que le sean llevados los objetos sobre cuyos nombres ha fijado la punta de esta aguja. Miro la extraña lista y veo que por su medio puede uno procurarse, en cinco minutos, toda la serie de cocktails y de champagnes brutos, todos los diarios y revistas, coche con uno ó dos caballos, un médico, un barbero, billetes de camino de fierro, toda clase de platos fríos y calientes y boletos de teatros. Y queda uno admirado al pensar que no se haya perfeccionado esta máquina para obtener el medio de casarse, de divorciarse, de hacer un testamento y de dar un voto por su medio!

En espera de este indispensable progreso, conviene agregar que estas niñerías de refinamiento no sirven sino para completar otras más apreciables. Son contados los cuartos de dormir que no tienen unido un gabinete de aseo, con sala de baños en la que á toda hora del día y de la noche corre á voluntad el agua fría ó caliente. Y además de esto un lujo insensato en el maderamer y en las telas. Veo, al transcribir estas notas, un saloncito en el noveno piso de uno de estos hoteles, en el ángulo y precisamente á la misma altura que un reloj colocado en el campanario de una iglesia vecina. Con su canapé y sus sillones de seda habana, con sus angostos guardapolvos de seda blanca y suave en las mesas y en el respaldo de las sillas, con la madera clara de su entarimado, la finura de sus mecedoras de bejuco y con las

aguas fuertes de sus paredes, es para no creer nunca que se está en un departamento de hotel, que se alquila por el día ó por la noche. Y hay doscientos cuartos ó salones iguales en la inmensa fábrica.

Mirad ahora hacia fuera y calculad que todos estos departamentos están calentados por intermedio de un aparato de tubos de metal por los cuales llega el agua caliente y por los que se va siguiendo las vueltas de una rueda; que la electricidad ilumina los menores ángulos y hace andar desde las campanillas hasta los péndulos; que el gas está instalado al lado para el caso en que la luz eléctrica se apague. Pensad después en la innumerable cantidad de tubos que perforan á esta especie de bestia de ladrillo y fierro. No se mueve, pero resopla en lo más alto, á esa distancia inverosímil, una columna de humo negro, espesa como la de un navío. Pensad en el papel de la invención humana en el ingenioso ajuste de tanta pieza menuda. He contado en mi visita á cinco diferentes hoteles, cinco sistemas distintos para vaciar los lavabos y las tinas de baño. Traducid á realidades concretas este humilde detalle. Significa que cinco inteligencias sutiles, puestas al servicio de cinco voluntades de hacer fortuna, han estudiado ese problema, pueril en apariencia, con la esperanza, justificada por el resultado, de encontrar capitalistas que patrocinaran sus inventos y arquitectos que los adoptaron. Y, ¿sucederá lo mismo que con lo pequeño, con lo grande? Es casi probable, y evidentemente es la juventud este génio de las invenciones. Pero viendo lo que un americano que va de viaje exige de una morada de casualidad, haciendo constar la suma de dinero que necesita para satisfacer su gusto por lo confortable, ruidiendo el grado de ingenio á que llega aquí la sumisión de la materia á las

necesidades del hombre, ¿cómo admitir que esta civilización sea solo un esbozo? Lo que manifiesta desde luego, á quien quiera que la mire al paso y sin preocupaciones, son signos de madurez y no de comienzos, ni de que anda á tientas. Pero Nueva-York no reasume en sí á todos los Estados Unidos, así como tampoco París reasume á Francia, y será preciso ver más allá.

Jueves.—Dos oasis en esta existencia de turista que tengo aquí desde hace cuatro días. Un almuerzo en el club de los *Players*, con literatos que están afectos á una gran revista y una noche en el teatro con otro literato que dirige un importante diario. Anoto mis impresiones actuales sin el temor de ligarlas demasiado á las precedentes y comprendiendo que si la copia de los objetos físicos es siempre legítima, la de las cosas morales tiene necesidad de ser examinada con mayor cuidado. Espero permanecer en los Estados Unidos el tiempo suficiente para asegurar esta cuidadosa verificación.

La historia de este club es singular y confirma lo que con frecuencia había oído decir á propósito del lugar distinguido que tienen los comediantes en América. El actor Booth fué quien lo fundó. Compró la casa. La amuebló. La adornó con preciosas colecciones reunidas á fuerza de afanes y compuestas en su totalidad de objetos que se relacionan con el teatro. Después de haber realizado todo eso la donó al club, reservándose únicamente el derecho de vivir en una de sus habitaciones, en la cual murió. Me sorprende el pronunciado aspecto del lugar, el carácter tan marcado de casa anglo-sajona. La esquina

bajo las ventanas da á Gramercy-Park la misma fisonomía de una esquina de Kensington. Tiene escrita en todas sus partes la respetabilidad del artista é infinidad de detalles testifican que no le era personal, quiero decir que esta casa lo que revela es el culto del comediante por el arte mismo.

Dos hermosos retratos, uno del mismo Booth y otro de Jefferson—hechos por el pintor Sargent—muestran rostros labrados por el pensamiento y por la voluntad, tal vez demasiado intelectuales para una profesión que pide más instinto, más inconsciencia. Los demás actores, cuyos retratos decoran las paredes, tienen esta misma expresión que llega á la tensión. Creo adivinar en ellos la energía de la raza aplicada á la cultura. Es necesario oír á los americanos pronunciar la palabra *art*, sola y sin artículo, para comprender el profundo ardor que experimentan en el deseo de refinarse, y es también esta palabra *refined* á la que apelan continuamente en sus propósitos los colegas que me acompañan á visitar el club.

Muy pocas ó ningunas anécdotas de la vida privada se refieren en las conversaciones que suscita la presencia de los retratos. En cambio, me admira el hecho de cómo conservan el recuerdo de los más insignificantes matices observados en la acción de estos actores y más especialmente cómo se entusiasma su espíritu con la interpretación que hacían de tal ó cual papel de Shakespeare. Percibo una vez más la fuerza nacional del génio de este poeta y la verdad de que toda clase de literatura se deriva de él en todos los países en que se habla inglés. Ni Molière ocupa esta posición entre nosotros, pero ni Goethe la tiene en Alemania. Sus obras no proyectan esta influencia única y continua, que es también la del Dante sobre el alma italiana. Y pueda ser que los americanos

estén unidos á Shakespeare por fibras muy más apasionadas que los mismos ingleses. Para ellos, esto constituye un medio de ligarse con una tradición, y varias ocasiones he creído reconocer la necesidad de algo del pasado tras del momento actual en este país que se encuentra en el presente y en la actualidad. Tuve una prueba más, aunque insignificante, al salir con uno de mis compañeros de la mañana, quien me enseñó en una plaza dos linternas colocadas en frente de una casa:

—“Se las puso allí” me dijo, “en tiempo que el dueño de esa casa era el primer Magistrado de Nueva York. Este es el uso—Ha muerto y allí las han dejado . . . Vos no comprendéis esto, vos que vivís en un país de historia;—tengo sumo placer al contemplarlas porque son una cosa de hace veinticinco años, y causa mucho bien encontrar algo del pasado en una ciudad que es tan moderna . . .”

En revancha, nada de mayor actualidad, nada más absoluta y exclusivamente local, y también, nada menos Shakesperiano, que el salón á que fui llevado en la tarde por otro colega.

—“No es muy bueno,” me dijo, “pero ya vereis cuan adecuado es para nuestro público.”

Penetramos en un teatrillo que ofrece la particularidad de no tener casi departamentos. En New York ningún teatro los tiene sino la Opera. Esto depende de torpeza ó es á causa de una festinación en la construcción de los salones? Es por el deseo de multiplicar los asientos? Es un signo de la democracia en las costumbres ó es debido á la constante preocupación, que aquí reina por los incendios? Lo cierto es que las mujeres y los hombres, de todas las clases se atropellan en la orquesta y en las plateas. Siguen con apasionado interés este drama, que les es muy cono-

cido—pues ha tenido ya un número incalculable de representaciones.—Se titula *El Nuevo Sur* y el argumento de la pieza presenta curiosas diferencias, no únicamente en las costumbres sino también en las legislaciones.

Un oficial del Norte que está de guarnición en el Sur, se halla, poco después de la guerra, querrellado con el hermano de su novia que es un cosechero de Georgia. Este le arranca su sable y le amenaza. El oficial se defiende con la vaina. Hiere en la cabeza á su adversario que cae. Corre el vencedor en busca de auxilios y, durante su ausencia, un negro, que había sido en otra vez insultado por el cosechero, al verle caído y sin conocimiento, le degüella con el propio sable del oficial. Este último es condenado á galeras por sospecharse que era el homicida. A pesar de todo, la novia cree en su inocencia. Se prevale de una ley particular en el Estado, que autoriza á cada ciudadano á escoger á un condenado para que le sirva de doméstico, previa la autorización del gobernador y saca de las mazmorras al presunto asesino de su hermano tomándole para que le sirva, con el objeto de que pueda probar su inocencia. El carácter de ésta joven, que es tan extraordinario para el extranjero, provoca una tempestad de aplausos. Cuando dice á su padre: “Seguid vuestro camino, yo sigo el mio . . .” el frenesí del público no conoce límites.

La fuerza de voluntad personalista, el empuje hacia adelante del sér que obra conforme á su conciencia, hé allí, no hay duda, lo que aplauden esas gentes. Por oposición, pienso en la acogida que daría nuestro público á esta actitud de una joven en frente de su padre. Es preciso creer que las relaciones de familia no son, con respecto á los espectadores de aquí, lo que son con relación á nosotros, puesto que

una segunda escena, que chocaría en exceso en un salón Parisiense, despierta aquí una risa loca. La hermana de la heroína, enamorada de un médico, á quien primeramente hace una declaración burlesca, en el curso de una consulta y sacándole una lengua de á vara, sorprende á su mismo padre en los momentos de pedir á una vieja señora en matrimonio. La ferocidad con que estalla en carcajadas, la insolente, y el modo como brinca señalando con el dedo al buen hombre, parece la más graciosa á este público que mira como enteramente natural esa absoluta igualdad entre los hijos y los padres. Mi colega, á quien comunico mi observación, admite que entre nosotros la familia está mucho más unida que en los países anglosajones y sobre todo más aún que en los americanos:

—“Pero,” dijo, “teneis la debilidad de no dejar que una joven pueda formarse vida propia é independiente fuera de esta familia. Sus padres la aman demasiado y ella les corresponde. No se enseña á contar solo consigo misma y con nadie más. No tiene *self reliance* como nosotros decimos. . . . Aquí la independencia tiene la ventaja de que una mujer sin bienes de fortuna piensa en ganar su sustento con la honradez y la resolución de un hombre. Se hace doctor, se hace profesora, se coloca como secretario de cualquiera administración, y es feliz. . . .”

Tienen razón en este último punto? Ni él ni yo lo sabremos jamás. Al regresar, recuerdo á mi pesar, el cuarto de hora que pasé, despues del desayuno, visitando las oficinas de la revista en que colaboran mis huéspedes de los *Players*. Vuelvo á ver la gran cantidad de mujeres empleadas allí, en trabajos de todos géneros, y sobre todo á una, joven y graciosa, sentada ante una máquina de escribir. Copiaba el manuscrito de un artículo. Sus dedos finisimos jugaban so-

bre las teclas de este instrumento como sobre las de un piano. Era para ella una tarea, limpia, delicada, no muy fatigosa y se veía sobre su hermoso rostro una profunda serenidad de conciencia, una tranquila voluntad y algo como una conmovedora dignidad en una criatura tan joven y evidentemente tan pobre.—¿Será necesario creer que esa independencia activa de la mujer tenga por condición ese relajamiento en los lazos de la familia? Despues de todo es posible, puesto que la duración de esta familia misma parece tener por condición el derecho de primogenitura ó cuando menos la libertad de testar y una desigualdad más injusta aparentemente: la de la herencia.

Viernes.—He vuelto á emprenderla con este diario en el tren que corre de Nueva York á Newport, instalado confortablemente en una mesa de esos coches Pullman que llevan el pomposo nombre de *Palace car*. Y entre paréntesis, aunque solo llevo siete días de estar en los Estados Unidos, he podido notar el exceso de metáforas á que instintivamente y por costumbre se entregan los americanos. El producto más insignificante es proclamado en los anuncios “*the best in the world*” el mejor en el mundo! Un vendedor al box se convierte en el campeón del mundo —“*the champion of the world*”—Ayer abrí por casualidad un anuario de West-Point y encontré: “Ciencia y arte en la que sobresalen los cadetes! . . .”

En donde acaba la ingenuidad? En donde empieza ese charlatanismo tan bien definido por estas tres palabras casi intraducibles y que estamos próximos á practicar: el *puff* el *boom* y el *bluff*? Y es cierto, las suntuosidades de un verdadero palacio, nada tienen

de común con las elegancias muy sobresalientes de esos largos coches. Son tales que causan vergüenza nuestros mejores wagones europeos al lado de su refinamiento.

Están dispuestos de manera que forman de uno á otro extremo del tren un vestíbulo cubierto. Un buffet rodante les está unido. Si en lugar de hacer un camino de seis horas, deben recorrer un trayecto de varios días, se encuentra en ellos salas de baño, un barbero y un salón de lectura. Y estos apenas son lugares de lujo, puesto que no hay sino una clase en los Estados Unidos, y que es insignificante el suplemento que se debe pagar para pasar de esa clase á estos wagones.—Compré mi sillón, para recorrer la distancia de Nueva York á Newport, por solo un dollar.—Aquí aún, se manifiesta por cincuenta señales diferentes el espíritu singular de complicación que me ha llamado la atención cada minuto desde mi desembarque. Todo se halla arreglado, maquinado, dispuesto para encerrar en el menor espacio posible el mayor número de objetos que se pueda y de objetos manuales. El sillón en que os sentais gira sobre un pivote y se inclina á vuestro antojo. Si deseais abrir el ventanillo, viene el negro provisto de un terliz metálico que mete en una ranura especial entre los bordes del ventanillo y el del vidrio levantado. Si quereis almorzar, jugar ó escribir levanta ante vosotros una mesa que por medio de un pié móvil se apoya en el piso y por su otro extremo se adapta á las paredes del wagón. Pasan sin cesar los muchachos ofreciendo periódicos y libros. Entre el paquete de estos veo el romance de Alfonso Daudet, *Sapho*, con este mote: "*Or lured by a bad woman's fatal beauty*" —O engañado por la fatal belleza de una mala mujer. . . ."—Y por todas partes hay una prodigalidad

de tapices, de felpas, de maderas esculpidas, de adornos nikelados. Los mismos negros que se pasean ora con su uniforme, ora con un delantal blanco, parecen ser animales de lujo, una fantasía de la compañía que, para mí, con ellos completa lo exótico de esta decoración. Armados con escobetillas que manejan con habilidad simiesca, se aproximan, ántes de las estaciones, á los viajeros y les sacuden el polvo sin consultarles, como á muebles. Hace un momento ví á uno de ellos tomar el sombrero de un señor de edad que leía un periódico. Lo ha limpiado y después lo ha vuelto á colocar sobre la cabeza del paciente sin pedirle permiso. El anciano ni siquiera levantó los ojos.

Las ciudades y los paisajes se suceden. El tren atraviesa, sobre puentes muy bajos y á todo vapor, anchos ríos que se deslizan entre las selvas, ó más bien—restos de selvas,—violadas, asesinadas y cuya vigorosa vegetación testifica aún el esplendor primitivo de este país, antes de que desembarcase en él *el destructor de bosques, el hombre de pálido rostro.*

Los cortijos suceden á los cortijos, sin un sólo jardín, sin uno solo de esos saloncitos al aire libre, todos follaje y flores, en los que gusta tanto solazarse el burgués francés con su bielgo y su regadera en las manos. ¿Pero de donde tomarían los americanos el tiempo necesario para esperezarse, para mirar á un rosal que revienta, para sentirse vivir? Para ellos los rosales son las vastas chimeneas de las fábricas que tanto se van multiplicando. Sus jardines son esas casas construidas tan de prisa, tanto, que de una á otra generación se han quintuplicado, decuplicado y aún

más en proporción. En 1800 New-Haven, por el que acaba de pasar el tren, tenía cinco mil habitantes, hoy tiene ochenta mil y su comercio se valúa en más de ciento cincuenta millones anuales. Hace un momento era Bridgeport, que el año pasado fabricó cien millones en máquinas de coser y en coches, Hartford, cuyas Compañías de seguros tienen en junto un capital de setecientos millones de francos. Estas cifras se concretan ante este paisaje, al que explican y con el que se mezclan; tantos así son los navíos de vapor que hay en los menores puertos, las líneas de tranways eléctricas en las calles de las ciudades, las fábricas en los campos, y los muchos anuncios,—en todas partes anuncios y más anuncios. Había tomado papel para resumir mis impresiones de esta primera semana en solo algunos rasgos generales. No he podido hacerlo, hasta tal grado absorbe mi atención esta mezcla de la naturaleza, que se ofrece á veces tan primitiva, y tan cercana de la salvajez virginal, contrastando con este industrialismo exagerado.

Y el wagón apenas si se menea á pesar de la velocidad. Un libro escrito por uno de nuestros distinguidos ingenieros, M. de Chasseloup-Laubat, (1) y que leí antes de partir, me ha dado la razón con anterioridad, enseñándome con qué talento ha colocado el constructor el largo coche sobre muy pequeños bogies de seis ruedas, de modo que las partes reservadas para los asientos queden fuera del eje de trepidación. Me ha hecho comprender también la locomotora,—hermoso y potente utensilio de velocidad,—muy alta y dispuesta de modo que el mecáni-

(1) *Viaje á América y principalmente á Chicago*, por el Marqués Chasseloup-Laubat. Paris, 1893.

co vea á lo lejos un largo trozo del camino á través de una caja con vidrieras donde va sentado. Todos los órganos están afuera: cilindros, biels, tambores, al alcance de la mano. Esta locomotora se asienta adelante, ella también sobre un muy pequeño bogie director que permite curvas más rápidas y pasar por una vía establecida más ligeramente. ¿Quién ha inventado estos perfeccionamientos? ¿Quién ha imaginado todo el detalle, tan excesivamente complicado de estos wagones? Siempre la misma respuesta: nadie y todo el mundo, esa voluntad sin cesar resuelta, ese ojo siempre avizor, esa audacia siempre en persecución de novedades y esa especie de insaciabilidad de refinamiento, que hasta ahora me parece ser el carácter más marcado de esta civilización, y que es el que menos se espera uno encontrar. Si mañana me fuese preciso retornar á Europa, se reasuniría en esta sensación mi primer contacto tan rápido con este pueblo. Parece en efecto, que ha triunfado del tiempo, puesto que este adelanto extremo del lujo, toca tan de cerca á la barbarie del Oeste y más sencillamente, á la de los cuarteles populosos de Nueva York. Tengo curiosidad de saber si encontraré el mismo contraste, el mismo salto admirable á otra atmósfera en esta ciudad de baños donde estaré esta tarde, y de la que, todos los americanos que de ella me han hablado, parecen estar tan orgullosos y tan disgustados:

—“En el mundo no hay más que un Newport,” me decían y agregaban invariablemente: “Pero Newport no es sino un corro de millonarios, no es sino un set, no es la América.”

—“¿Por qué?” he preguntado á varios.

—“Lo comprenderéis cuando hayais ido,” responden no menos invariablemente. Después en un asal-

to de orgullo: "Hay más millones de dollars representados en esa pequeña punta de esa pequeña isla, que en todo Londres y en todo París reunidos...."

III

LA SOCIEDAD.

I

UN BALNEARIO.

Había ido á Newport solo por algunos días. He permanecido allí más de un mes dejándome llevar de su vida que en efecto no tiene semejante, que yo sepa. Ni Deauville, ni Brighton, ni Biarritz se le parecen, ni aun Cannes, aunque ésta última se le acerca más por la suntuosidad de sus casas y por la casi total ausencia de burguesía. Pero Cannes es una *Cosmópolis*, como Roma, como Florencia, y tal vez más aún; en tanto que Newport es exclusiva, absolutamente americano. Han pasado por él, este año, algunos viajeros que iban para Chicago y á la *World's fair*. Por lo común son sólo seis ó siete los que pueden contarse. Los franceses no conocen Newport. Si los ingleses suelen venir á él, es por su afición al *yachting*; y son pocos. Prefieren la isla de Wight, Cowes y el cómodo río de Solent.

Esta escasez de viajeros que se explica por su leja-

nia y por la brevedad de la estación, asegura á esta villa de baños de mar, su irreductible carácter de originalidad nacional. No, esta elegante reunión, ó como dicen con desprecio los detractores de Newport, este *set*, no es la América, pero es *su mundo* y la vida mundana, esa vida que parece tan vacía y tan ficticia, se agarra por medio de profundas raíces secretas al país cuya flor es, flor algunas ocasiones insípida y con más frecuencia envenenada. Aun cuando sus costumbres propias sean como en Francia totalmente diferentes de las costumbres generales del país, manifiestan en los que las practican los defectos y las cualidades de la raza. Los ociosos se entretienen ó procuran divertirse, con la misma sensibilidad, con el mismo carácter y con la misma inteligencia que emplean los laboriosos para hacer su trabajo.

En la existencia de las clases altas parisienses, por ejemplo, se encuentran aplicadas á las artes, al lujo, al desenfreno, todas las potencias y todas las debilidades del alma francesa:—la extrema vivacidad de pensamiento y su inconsistencia, la desilusión prodigiosa de crítica y la ingenuidad de entusiasmo inesperadas, un irritado arrojó en la ironía y la esclavitud ante la opinión, algo de humanidad y no se qué de mediano, un aire de buen gusto aun en el desorden y apariencias de buen sentido aun en la locura—y sobre todo satisfacción, agrado, un genio de sociabilidad que flota en la atmósfera de nuestros clubs, de nuestros salones, de nuestros cafés, de nuestros teatros, de nuestros paseos. La naturaleza de un pueblo es siempre semejante en el colorido de sus vicios y de sus virtudes, de sus frivolidades y de sus trabajos. Esta fisonomía es pues la que se trata de descubrir, y para ello son buenos todos los documentos, desde la sala de casino hasta una iglesia, y desde la charla